

DE CÓMO MARTÍN DE ZABALA, MÁS CONOCIDO COMO ANCA-ARIN, CONOCIÓ A DON FRANCISCO DE AZANZA, EL CUAL TRAS LARGOS AÑOS DE AUSENCIA RESOLVIÓ REGRESAR A ESTA VILLA DE RENTERÍA

Maite Ruiz de Azúa

Francisco de Azanza llegó a puerto un día de comienzos de verano, en el año de mil quinientos y veintiséis. La fecha la tengo bien guardada en la memoria, pues apenas había transcurrido un mes de aquella mi primera y azarosa travesía, en la cual había salvado el pellejo casi por milagro, tras fiera lid contra aquella turquesa galera gobernada por el temible Barbarroja. La valentía y arrojo de nuestros hombres fue motivo de conversación durante largo tiempo en las calles de Rentería, y la historia se repetía de boca en boca y en la Casa del Corredor los hombres brindaban por el éxito de la empresa una y otra vez con buen vino de Navarra. Por mi parte, los chicos eran mi mejor público mientras yo me desvivía representando las escenas contempladas a bordo, y ¡zas! el sable de un enfurecido turco que blande el aire, y ¡brommm! el estruendo del cañón disparando al barco enemigo, y *Anca-Arin*, que no se asusta y permanece al lado del Capitán Machino, dispuesto para la pelea, acaba por convertirse en héroe de la chiquillería. Así de ufano andaba yo por aquellos días. Mas el tiempo iba hacia delante y las obras de reparación del *Vasconia* se alargaban más de lo previsto, y de tal manera poco a poco fui volviendo a las andadas, a holgazanear por los astilleros y a deambular por el muelle muerto de aburrimiento y deseoso de embarcarme de nuevo.

De tal guisa me hallaba cuando arribó el *Navarra* a puerto, lo vi acercarse, las velas arriadas y yo comencé a correr totalmente atolondrado, sin reparar en ningún momento en donde ponía mis pies. Todo mi afán no era sino aprender a atar cabos, manejar el timón o soltar el ancla; marinero y capitán eran para

mí igual de fascinantes. Mi entusiasmo pasó en un instante de la contemplación de las jarcias a la de un par de botas grandísimas, pues un caballero que recién había bajado a tierra tropezó conmigo, o más bien fui yo el que se dio de bruces con él. Alcé la vista y desde el suelo la visión del nombrado señor se me antojó eterna e inquietante, con todos los ropajes negros su figura semejaba no tener fin; mas en última estancia, descubrí allá a lo lejos una espesa barba negra, que había de ocultar sin duda alguna rostro del que yo no había noticia. De gentes de tal medida no había oído hablar sino en historias de seres extraordinarios. Mis piernas me fallaron, y viéndome incapaz de levantarme para emprender la huida, (increíble traición la de mis piernas), ya me disponía a escabullirme a cuatro patas, cuando de su mano terrible me ofreció dos maravedís, lo cual salvó mi joven dignidad de la burla de la concurrencia. ¡Dos maravedís! ¡Fortuna inmensa la que me tendía el gigante barbado! Y olvidado qué especie de diablo podría ofrecerme un dinero, agarré las monedas de inmediato, al tiempo que quedaron milagrosamente sanadas mis piernas. Apenas puesto en pie, el caballero en cuestión descargó sin miramiento alguno un pesado fardo de ricas telas. ¡Pardiez!, que me tambaleé de tal modo que a punto estuve de dar de nuevo con mis posaderas en el suelo.

“¿Deseáis un trago, señor?”, me atreví a preguntar sin elevar la mirada más allá de la barba, no fuera que me topara con una lengua de serpiente o un único ojo en la frente. Pese a los maravedís aún no me había sacudido el susto del cuerpo, si bien he de confesar que también me intrigaba la identidad de aquel



Ilustración: Inaki Beltrán

extraño. Pensé que tal vez con mi pregunta trabáramos conversación, pero él apenas me miró de reojo (aún no podría asegurar si con dos o un solo ojo), aunque intuí un leve gesto de asentimiento, con lo cual me dije: "Martín, cierra la boca y a la taberna". El me seguía, o al menos así lo daba por hecho yo, pues apenas podía distinguir sus pasos; de haber sido noche cerrada hubiera jurado que me las tenía que ver con un espectro. A escasa distancia venía tras de nosotros un séquito de cinco servidores, los cuales cargaban arcones y otros enseres. "Acaso el vino le desate la lengua", me animé dispuesto a no renunciar al misterio de aquel caballero.

Al poco llegamos a la Casa del Corredor, la única posada que había en la Villa, muy próxima a la lonja, lugar de encuentro de comerciantes, soldados, marinos y continuo trajín de gentes. Otro mozo se hubiera ganado un buen tirón de orejas por atreverse a frecuentar la Casa del Corredor, pero ya todos se habían ido acostumbrando a mi presencia, sobre todo tras el episodio de los turcos, y yo, por mi parte, procuraba pegar las espaldas a la pared del fondo, y entre sombras y toneles pasar lo más desapercibido posible. "Entrad, señor", le abrí la puerta. Por un rato permaneció en el umbral, supongo que habituándose a aquella penumbra, a aquel aire espeso de humo, mar y brea; taberna del puerto o bodega de un barco, poca diferencia podría haber entre ambas. Yo, acostumbrado como estaba a escurrirme en la posada, podría recorrerla con los ojos vendados, sin tropezar en mesa alguna, e incluso estoy seguro de que mis ágiles pies serían capaces de esquivar cualquier objeto inoportuno. Inmenso y oscuro, el extraño acabó por penetrar en el local; para entonces yo ya me había convertido en una piedra más del muro.

Una jarra de vino para empezar, y aunque aguardaba escuchar su voz, no abrió la boca sino para dejar paso a la bebida, de palabras ni una sola, hasta que de una mesa se levantó el viejo marino Oronoz, el cual se aproximó al caballero: "¿Azanza?, ¿sois acaso Azanza?" Y antes de que le respondiera, Oronoz golpeó la espalda del forastero con un gesto amistoso. "¡Pues claro que sois Azanza! ¿Así pasaran cien años que aún habría de reconocerlos! Mas sentaos con nosotros y compartid un buen

jarro en nuestra mesa" En un primer momento casi temí que se girara ante el incauto y le fulminara por su osadía con una llamarada de sus ojos, mas al cabo comprobé que era ser de este mundo, tan humano que fue causa para mí al mismo tiempo de alivio y decepción. El caballero oscuro tomó asiento entre aquel grupo de hombres deseosos de oír nuevas andanzas con las cuales matar la tarde. Por cierto, ¿Azanza? No me era del todo desconocido dicho nombre.

"Permitidme que os presente. Este caballero es Francisco de Azanza, hijo de esta Villa, osado como pocos, quien ha ya más de treinta años partiera en busca de fortuna junto a su hermano Manuel. Por cierto, algunos dicen que la hallasteis, ¿me equivoco?", añadió mirando codiciosamente a los baúles colocados a la entrada de la taberna y en especial al saco que yo había cargado sobre mis hombros. "Decidnos, señor, ¿qué venturas pasasteis durante estos años de ausencia? Os aseguro que mis amigos y yo ardemos en deseos de conocer vuestra dicha y fortuna". No he menester apuntar que si ellos ardían en deseos, a mí para entonces la curiosidad hacia aquel hombre ya me había consumido del todo, de tal manera que resolví abandonar mi posición de piedra y acercarme en lo posible a la mesa, al tiempo que no perdía de vista el saco, con la esperanza de disfrutar de la visión de aquellas riquezas.

Un nuevo jarro de vino le animó al fin a hablar, con una voz profunda, que le salía de dentro y que poco a poco fue acallando cualquier ruido de la taberna:

"Decís bien, caballero. Hace ya largos años que partimos mi hermano Manuel y yo de este mismo puerto, sólo que entonces éramos jóvenes y decididos, disponíamos de un navío bien aprovisionado y la protección real para el comercio de lana y otras mercaderías, era tal nuestro ánimo que estábamos dispuestos a enfrentarnos los dos solos al mundo con la espada en la mano si fuere necesario. No había tempestad ni contrario alguno que pudiera atemorizar nuestros corazones, ni viento ni enemigo que hiciera retroceder al *Navarra*. Fueron muchas las singladuras en las que hubimos de vérnoslas con el inglés, el holandés o los terribles turcos, mas ni una sola vez dimos por per-

didada la batalla, antes bien en cada enfrentamiento lográbamos hacernos con un sinnúmero de bienes; fortuna que íbamos guardando en lugares seguros de la costa mediterránea. Viendo que el destino nos era tan próspero acordamos Manuel y yo establecer un pacto de hermandad, por el cual juramos abandonar las lanas por la labor de derrotar al corso y permanecer siempre juntos en aquella empresa, compartiendo desdichas y fortuna; al fin nos comprometimos a regresar ambos dos a nuestra tierra, una vez nos hiciéramos con una riqueza notable.

Así pues, cada vez eran más frecuentes las luchas, y crecía el botín que pasaba de manos de nuestros enemigos a las nuestras. Nos acostumbramos a la continua guerra ciertamente y no teníamos otra ocupación que gobernar nuestra nave, derrotar al contrario y almacenar aquella hacienda cada día más próspera. No obstante, pasado algún tiempo y cansado de aquella vida de continua batalla, comencé a echar en falta la tranquilidad de nuestra Villa natal, por lo que propuse a Manuel dar fin a nuestra actividad y regresar a Rentería, en donde habríamos de llevar una vida acomodada, libre de cualquier preocupación. Para entonces mi hermano estaba cada vez más enardecido por el fuego de la lucha, para él

ya no tenía apenas importancia el botín que apresábamos, sino el mero juego de la muerte, vencer o morir. Hice mención de nuestro juramento, pero él completamente fuera de juicio, replicó que aún no había suficiente, entendiéndolo yo que más que a las riquezas ganadas se refería a aquella relación de enfrentamientos y derramamientos de sangre. Fiel a nuestro pacto, acordé permanecer junto a él durante algún tiempo más, cuestiones de honor no hay que tratar de modo ligero, pero a medida que aumentaban las luchas, mayores eran las ansias sanguinarias de Manuel. Esperé, pues, el día en que reconociera que había de poner final a aquel desenfreno y por fin llegó el momento en que atendiendo a nuestro juramento de retornar juntos, con la honra de nuestro apellido, tomamos rumbo hacia el puerto del que habíamos partido jóvenes y ambiciosos".

Terminó de esta manera Francisco de Azanza su relación, tomando de nuevo a ocuparse de su jarro de vino. Mas aún esperábamos todos en aquella taberna que añadiera algo más, que nos dijera por qué ventura no se hallaba su hermano con él y así se lo hizo saber Oronoz. A lo cual respondió en tono grave: "Os equivocáis, amigo, él ha regresado conmigo. Aquí lo tenéis." Y metiendo el brazo en el saco tan ricamente adornado que yo había llevado sobre mis espaldas, sacó un cráneo que colocó sobre la mesa.

